



ANTONIO BARRIOS FERNÁNDEZ

Tombuctú

Tombuctú

Antonio Barrios Fernández

Este relato ha obtenido el Primer Premio en el II Certamen de Relatos "Literatura y Biblioteca", convocado con motivo del Día de la Biblioteca, el 24 de octubre de 2015, por la Dirección General de Patrimonio Cultural de la Comunidad de Madrid.

Meddur caminaba con paso cansino. Al pisar, levantaba una leve polvareda serpenteante. Como cada mañana, saludaba a Amadou, el anciano barbero y nuevo amigo, intercambiaban algunas bromas y continuaba su camino. Al llegar, se arremangó una parte su levita y extrajo una gruesa y vieja llave que introdujo en una oxidada y algo desprendida cerradura. Era la llave de la biblioteca de Tombuctú; y Meddur, el bibliotecario. Llegó a la ciudad casi dos años atrás, acompañado de una desconchada carreta que crujía a cada vuelta de sus cuatro ruedas, tirada por un viejo burro de orejas gachas, pelo cano y cascos desgastados. A nadie dijo su procedencia, y todos estuvieron de acuerdo en cederle el cargo de una actividad que todos esquivaban, ya que pocos sabían leer y la biblioteca era el reducto ajado de un pasado más glorioso y culto de la ciudad.

Idir podía pasar por un chico más de aquella ciudad. Uno de esos que te encuentras por las arenosas calles de la ciudad de adobe: ojos grandes y oscuros, pelo laberíntico, tez canela oscura, complexión grácil. Era uno de los hijos menores de Baba, el tratante de sal. Su familia, sin ser rica, era acomodada gracias al negocio de la sal. Sin embargo, al no ser el primogénito, su padre no se preocupaba de enseñarle el negocio, aunque logró que fuera ayudante del nuevo bibliotecario a cambio de que le enseñara a leer y escribir, y así eludir la engorrosa tarea de hacerlo él mismo. Meddur aceptó.

Las puertas de la biblioteca le recordaban su avanzada edad: sus rugosas manos se confundían con las quebradas tallas de la misma. Una vez abiertas, barría la entrada y le quitaba el polvo superficial a algunos libros. A veces, tomaba un libro cualquiera y lo cogía como si fuera un bebé, acariciándolo y pasando sus páginas como apartando con delicadeza un mechón de pelo. Lanzaba un suspiro y devolvía el libro a su lugar. La estancia se iluminaba con algunos ventanales en el techo. No había velas. Sólo existía una lámpara de aceite que Meddur custodiaba, y que sólo se prestaba en contadas ocasiones, puesto que al declinar el sol se cerraba todo hasta el día siguiente.

Idir, una vez terminadas las tareas en casa, se dirigía aprisa a la biblioteca. Al principio, cuando su padre le comunicó que ayudaría al anciano bibliotecario, lo asumió con desgana. La idea de estar todo el día al lado de un viejo no era muy divertida. Pero Meddur supo ganárselo. Descubrió en él una desenfrenada curiosidad por lo que contenían los libros, y todos los días dedicaban un tiempo a descifrar aquellos signos. Pronto pudo empezar a leer los volúmenes más sencillos. Al cabo de un año, Idir era capaz de leer cualquier libro, aunque aún no los entendía todos.

Transcurrían así los días en Tombuctú. De vez en cuando llegaba alguna caravana, con lo que la actividad del zoco se volvía desenfrenada, los tratantes voceaban, las bestias protestaban, los niños hurtaban, las mujeres curioseaban y los viejos revivían. La ciudad entera despertaba durante un día para luego retomar su letargo cuando la caravana volvía a ponerse en marcha.

Una mañana, Meddur le indicó que quitara el polvo a los libros de un lugar al que no había accedido antes, un altillo al fondo de la biblioteca. Le dijo que hacía tiempo que no subía allí debido a su rodilla, y que fuera él. Idir no había subido allí antes. No lo había hecho no por falta de curiosidad, puesto que muchas veces se había imaginado en aquel lugar recóndito y escondido, recorriendo las páginas de aquellos libros ocultos por las sombras. No lo había hecho porque cada vez que se acercaba, el viejo le correspondía con un carraspeo sonoro como un trueno y una regia negación.

Los escalones cruzaron al subir, a pesar de su leve peso. Por un momento pensó que alguno de aquellos viejos peldaños de madera se rompería y vería con más detalle los dibujos de las losas del suelo. Meddur, mientras tanto, lo observaba con una sonrisa a la vez que asentía. Le echó un vistazo a la biblioteca, acarició la vieja puerta y asintió de nuevo soltando el aire con pesadez. Cuando llegó arriba, Idir tenía ante sí tres pequeñas estanterías. En ellas, al contrario de lo que se imaginó, había tan sólo una centena de libros, acaso menos. Les abrazaba una fina capa de polvo y, en algunos casos, estaban arropados por telarañas. La imagen le produjo una gran decepción: esperaba encontrar una especie de reducto de libros fantásticos, con portadas decoradas con esmero, relieves de seres mágicos, y cosas similares. Sin

embargo, aquellos libros eran simples, no había cantos dorados, ni letras en relieve, ni broches. La cubierta era de piel, muy fina y delicada, pero oscura y endurecida por el paso del tiempo; las hojas amarillentas, de un papel casi basto en su mayor parte; las letras del título tenían trazos toscos y simples, casi infantiles. Los fue rozando mientras leía en el canto los títulos. La frustración aumentó puesto que parecían una colección de biografías, pues sólo se distinguían en el nombre del supuesto personaje que los protagonizaba: *El libro de Ibrahim*, *El libro de Mohamed*, *El libro de Kuru*, etc. Se giró para buscar al viejo y preguntarle qué eran aquellos libros, y por qué eran tan importantes como para estar en aquel altillo, separados del resto, y fuera del alcance de los demás; qué contenían para que fueran tan especiales. Sin embargo, el bibliotecario no estaba en su acostumbrado lugar, una vieja silla de anea en la entrada mientras apartaba las moscas y el calor con un desvencijado abanico.

Idir tomó el plumero y empezó a quitar la suciedad que había conquistado aquél bastión. La tenue columna de luz que llegaba hasta allí se volvió poco a poco casi opaca debido al polvo removido, haciendo que miles de partículas bailaran en torno al haz luminoso. Mientras realizaba la tarea, uno de los libros cayó al suelo. Era *El libro de Rachid*. Con rapidez, lo recogió del suelo. Sabía del mal humor del viejo cuando se caía un libro al suelo, ya que le había pasado otras veces y la consecuencia era la misma: unos cuantos golpes en la espalda con el abanico que usaba, por el lado del cabo. Por suerte, esa vez no pasaría nada, ya que seguía sin estar en su silla. Habría adelantado el momento del café de la tarde y estaría en la taberna de al lado, sentado contra la pared como una cariátide, y desde donde podía también vigilar la entrada de la biblioteca.

Al recogerlo, pasó sus dedos por la portada. Al igual que en los otros, trazos simples e infantiles, nada de ornamentos. Sólo el título. ¿Qué valor podrían tener aquellos libros, en apariencia meros agrupamientos de páginas? Miró una vez más hacia la puerta: Meddur seguía ausente. Se sentó en el suelo, cerca de la luz que empezaba a irse, para contemplar mejor el libro. Lo abrió con cuidado. Las primeras páginas estaban en blanco. No lo entendió. Pasó más páginas hasta que empezó a ver los primeros trazos de tinta. Eran

meras rayas, puntos y manchas. Era como si alguien se hubiera entretenido en emborronar el papel, sin orden. Como los trazos que hacía de modo desordenado su hermano Hassan de dos años en la tierra cuando jugaban con un palo o una vara. Así fueron las siguientes páginas, más de una veintena. Cansado de aquellos garabatos, pasó de golpe un grupo de páginas. En las nuevas hojas, Idir empezó a entender algo. Ya eran palabras completas. Pero seguía sin entenderlo. Sólo se leía "Papá", "Mamá", "Agua", "Esto", y cosas por el estilo. Cerró el libro y lo volvió a mirar. ¿Era un libro para aprender a leer y escribir, una especie de cartilla? Recordó que cuando el viejo le empezó a enseñar a leer y escribir, usó hojas algo bastas, como aquellas primeras páginas que había visto en el libro, en las que, a intervalos, escribía palabras que luego él primero leía y luego repetía con la pluma.

Retomó el libro. Esta vez lo abrió casi por la mitad. Ya no eran los trazos y monosílabos del principio. Ahora las páginas estaban repletas de frases, como los otros libros de la biblioteca. Aquello le animó. Miró de nuevo a la puerta, comprobó que aún no había vuelto el viejo, y se puso justo debajo de la luz que empezaba a declinar. "Rachid, ven aquí - Me dijo mi padre. Mi padre es el mejor pescador del Mar Rojo, y desde que cumplí los diez años me lleva con él". Idir se entusiasmó: tenía la misma edad que él. "Siempre consigue volver al puerto con las redes llenas. Hay algunos que le envidian, pero porque no se fijan en los signos. Mi padre siempre me dice que me fije en los signos: hacia dónde vuelan los pájaros, cómo se rompe de pronto una ola en medio del mar, etc. Me encanta ir con mi padre a pescar porque en el mar todo es imprevisible. Cuando estás en tierra se sabe qué va a pasar, no tienes que estar apenas alerta, y pasas el tiempo esperando una novedad que te despierte. Pero en el mar estás vivo todo el rato, y si te descuidas puede ser el último día. También me gusta porque la brisa es distinta, te atraviesa el alma, no te reseca la piel como en tierra. Y los atardeceres son mágicos, ya que el sol se despide jugando, pues se asoma y desaparece por el horizonte como cuando juega al "cú-cú" mi madre con mi hermana Nadia." Idir levantó la vista y suspiró. Nunca había visto el mar. Había oído de él por algunos tratantes que tenían negocios con su padre, pero su ciudad quedaba lejos de la costa. Tendría que esperar a ser mayor e independiente para verlo por él mismo algún día.

Idir siguió leyendo el libro. Cuanto más leía, más ensimismado estaba. Empezó a perder la noción del tiempo y del lugar en el que se encontraba. La lectura le poseía. El libro le había atrapado con la mágica historia de aquel niño de la costa, con una vida tan diferente a la suya. La luz empezó a escasear, pero por algún motivo las páginas no perdían luminosidad. Era como si tuvieran un resplandor propio, alimentado por la simple lectura. Idir no se daba cuenta, pero mientras leía, el libro se alimentaba de él, cobraba vida a cada página que pasaba. La figura de Idir empezó a volverse tenue. Primero fueron los pies, que poco a poco perdieron primero color y luego se volvieron translúcidos. Después, la espalda, que quedó en un simple trazo de contorno. Y así con todo el cuerpo. Idir sólo tenía ojos para la lectura, no se daba cuenta de que al pasar las páginas ya no lo hacía con las manos, sino que lo hacía con la mente al llegar al final de la página a cambiar. De forma paulatina, la figura de Idir se asemejó a una de cristal pulido, a una porción de aire algo solidificada con la forma de un niño. Para cuando llegó a los últimos caracteres escritos, unas manos arrugadas como los sarmientos de una vid recogieron dos libros del suelo. *El libro de Rachid* volvió a su sitio. Junto a él, tras pasarle los dedos con delicadeza, *El libro de Idir*. Al día siguiente, las puertas de la biblioteca amanecieron cerradas, con una gruesa y vieja llave colgada de las mismas.